

medio proteger vuestros intereses de alma y cuerpo, y principalmente salvar del contagio a esa hermosa juventud que se levanta. Ojalá que otras ciudades y pueblos imiten tan bello ejemplo.

Carta del Padre Santo

A los tres Ministros Generales de la Primera Orden Franciscana, acerca de la disciplina de la Orden Tercera.

AMADOS HIJOS. SALUD Y BENDICIÓN APOSTÓLICA.

La Tercera Orden seglar de San Francisco, difundida por toda la tierra, se halla en estado floreciente, no sólo por el número de sus individuos sino también por su actividad, como lo atestiguan las múltiples revistas de la Orden y las frecuentes peregrinaciones y congresos, entre los cuales señalamos con singular complacencia el que recientemente se ha celebrado en nuestra ciudad de Roma.

Para Nos constituye esto un motivo de alegría y nos ofrece ocasión de felicitaros a vosotros, amados hijos, que sois los directores y jefes de los miembros de la Tercera Orden.

No os ocultaremos, sin embargo, cierto temor que de algún tiempo a esta parte nos inspira la tendencia que se manifiesta en algunos para introducir en la Orden Tercera algunas novedades que so pretexto de procurar a la sociedad un bien mayor, no lograrían sino desviar a aquella poco a poco del fin señalado por San Francisco.

Por esto Nos hemos propuesto daros hoy más extensamente nuestros consejos sobre este grave asunto.

NATURALEZA Y FIN DE LA O. T. Ante todo nos parece conveniente, amados hijos, declarar una vez más lo que es la Tercera Orden, según la voluntad del fundador, y cuál es su objeto, y demostrar que la Orden Tercera difiere de las dos primeras, no por su naturaleza sino únicamente a que se dirige a su fin de una manera que le es propia y peculiar.

En efecto, según afirmaba nuestro predecesor León XIII, de feliz memo-

ria, "los institutos franciscanos no tienen otro objeto que la observancia de los preceptos de Jesucristo, como quiera que su fundador sólo se propuso abrir con este género de vida una palestra en la cual la vida cristiana se ejercitase con mayor diligencia. Indudablemente las dos Primeras Ordenes Franciscanas, adiestradas en la escuela de las grandes virtudes, tienden a un fin más perfecto y divino; pero, estas dos Ordenes sólo son accesibles a un corto número, es decir, a aquellos únicamente a quienes ha otorgado Dios la gracia de aspirar con singular entusiasmo a la santidad de los consejos evangélicos. La Tercera Orden, en cambio, ha sido instituida para el pueblo, y el testimonio del pasado y la experiencia del presente atestiguan su eficacia para hacer puras, íntegras y religiosas las costumbres." (Constitución MISERICORDIA DEI FILII.)

(Continuará.)

Notas neerológicas

Han pasado a mejor vida los Hermanos Terciarios siguientes: Cornelio Chacón, Juana María Sánchez y María Masís, de Cartago; Jerónima Solís de Heredia.

También con profunda pena debemos hacer constar la triste noticia, transmitida por el cable hace pocos días, de la muerte del Ilmo. y Rmo. P. Fr. Francisco Javier Vila, Capuchino, Obispo Tit. de Adra y Vicario Apostólico de la isla de Guam (Marianas), quien estuvo en Costa Rica, en calidad de Visitador, el año 1902.

EL ILMO. SR. OBISPO SE HA DIGNADO CONCEDER 50 DÍAS DE INDULGENCIA A LOS LECTORES Y PROPAGADORES DE ESTA HOJA.

"Heraldo Serafico"—Publicación dedicada a la propaganda de la O. T. y a fomentar la devoción a San Antonio de Padua. Precio de suscripción: ₡ 0-25 al año.

Imp. Cubero, Cartago

EL HERALDO SERAFICO

Año 1. Núm. 2

11 CARTAGO, MARZO DE 1913. 11

Publicación mensual

dedicada a los Terciarios franciscanos y a los Socios de la Pía Unión de San Antonio

IMPORTANTE

Suplícase encarecidamente a los nombrados agentes de esta hoja se sirvan contestar, si aun no lo hubieren hecho, si aceptan el cargo y qué número de ejemplares necesitan.

El mal y su remedio

Cuanto hay en el mundo, dice el Apóstol San Juan, es concupiscencia de los ojos, concupiscencia de la carne y soberbia de la vida. Aquí el Apóstol habla del mundo que no conoció a Jesucristo, ET MUNDUS EUM NON COGNOVIT; de aquellos hombres que no acatan la voluntad de Dios, ni dirigen sus pensamientos y acciones por su santa ley, ni conforman su conducta con los dictados de la moral cristiana; sino que siguen los instintos de sus pasiones y apetitos carnales, los cuales oscurecen su mente y ténen luz de la inteligencia, debilitan las energías de la voluntad y matan los más nobles sentimientos del hombre, que son aquellos que lo elevan de la tierra al cielo, del tiempo a la eternidad, de las cosas materiales a las deliciosas regiones del espíritu, y lo unen a su Dios.

Perdido u olvidado el ideal cristiano se viene a parar indefectiblemente a tan lamentable estado. La materia subyuga al espíritu, resultando un profundo desequilibrio en todo el ser humano, que produce los más lamentables trastornos así en el individuo, como en la familia y en la sociedad.

De todas partes se levantan voces de alarma, gemidos de angustia y hasta gritos de desesperación, para denunciar ese desequilibrio perturbador y que frutos tan amargos produce. Y ciertamente que es justísima la alarma y urgentísimo el remedio; porque la dolencia es de pronóstico poco tranquilizador.

Todos ven el mal, siendo pocos los que no hablan de él, como cuando una ciudad está invadida por una epidemia. Se podría afirmar que ha venido a ser tópicos de todas las conversaciones el desbordamiento del vicio, el aumento progresivo, aterrador del crimen, la disolución de costumbres, el rompimiento de los lazos de la familia y el desacato a toda ley divina y humana.

Esto está a la vista de todos, y ciego ha de ser el que no lo vea; lo que no ven todos es la causa, ni, por tanto, aciertan a encontrar el remedio.

Sin embargo, no es un enigma para los que profesamos la fe cristiana, como no puede ocultarse a quien con honrada imparcialidad haya penetrado un tanto en las enseñanzas de la historia.

La fe cristiana nos enseña que no hay salvación para los individuos ni para la sociedad sino en Jesucristo, el cual es Camino, Verdad y Vida. Y la historia confirma en todas sus páginas aquella sentencia de los Libros Santos: EL PECADO HACE DESGRACIADOS A LOS PUEBLOS.

La sociedad actual se ha apartado de Jesucristo despreciando sus divinas enseñanzas, creyendo o fingiendo creer que se bastaba a sí misma y se podía pasar holgadamente con los bienes de la tierra. Ha abandonado el espíritu mismo cristiano, y de ahí el reinado de la carne con sus concupiscencias, con su corrupción y fetidez que asquean ya a toda persona que estima en algo su propia dignidad.

El remedio? Un verdadero retorno al espiritualismo cristiano, del cual es nor-

ma segura la Orden Tercera de Penitencia. Pero, de esto trataremos en el próximo número.

J. B. S.

Carta del Padre Santo

a los tres Ministros generales de la Primera Orden Franciscana, acerca de la disciplina de la Orden Tercera.

(Continuación.)

Cuando el Patriarca de Asís designa a los Terciarios con el nombre de HERMANOS DE PENITENCIA, claramente da a conocer ese doble carácter de la Tercera Orden: el espíritu de unión fraterna y el amor de la penitencia.

CARIDAD FRATERNAL. La unión fraterna ha sido siempre objeto de la solicitud de los Romanos Pontífices nuestros predecesores. Ellos han deseado que los miembros de la Tercera Orden, unidos en espíritu e imitando la caridad del Seráfico Patriarca no formasen más que un solo cuerpo. Y Nos mismo hemos exhortado a los Religiosos de la Primera Orden en nuestras Letras Apostólicas "SEPTIMO JAM PLENO SECCULO" a no olvidar que deben estar inflamados tan vivamente en la caridad fraterna, que ésta redunde en la Tercera Orden.

FEDERACIÓN DE LAS OO. TT. Y debe esta caridad existir no sólo entre los Terciarios de una misma Hermandad sino también entre todas las Hermandades de Terciarios. Y así como los diversos conventos de una Orden Religiosa se hallan naturalmente unidos por un lazo fraternal, de igual modo deben estarlo las Hermandades de la Tercera Orden. Muy provechoso es recordar aquí lo que a los Terciarios de Roma escribimos el 17 de diciembre de 1909: "La experiencia demuestra que las Hermandades unidas son más eficaces que las aisladas; y así vemos que los enemigos del catolicismo trabajan para formar un bloque, esperando realizar así más seguramente sus perversos planes. Si se intenta, pues, combatir eficazmente, es indispensable que los buenos se unan, en especial aquellos que,

según la institución del Patriarca de Asís, anhelan copiar en sí mismos las reglas de la vida cristiana, servir de ejemplo, conservar y defender en el pueblo la fe y las costumbres." Nos aprobamos nuevamente esta unión de fuerzas, a condición empero que no se introduzca ninguna nueva disciplina, sino que los únicos directores de estas mutuas relaciones entre las Hermandades sean los Superiores de la Tercera Orden.

AMOR DE LA PENITENCIA. Por lo que a la penitencia toca, sirviéndonos de las palabras de nuestro predecesor, diremos: que "el punto capital de nuestra exhortación es que aquellos que han vestido las insignias de PENITENCIA, tengan fijas siempre sus miradas en su Santo Fundador y se esfuercen en imitarle; de lo contrario, todo cuanto pudiésemos esperar de bueno, quedaría reducido a la nada." (LOC. CIT.) En efecto, según San Buenaventura, confió Dios a Francisco la misión al amor del Divino Crucificado. Como ostentaba siempre en su cuerpo la mortificación de Jesucristo, no tardó en despertar por doquiera el desprecio del mundo y el amor de la cruz. Una inspiración divina le hizo descubrir el medio de satisfacer los deseos de la muchedumbre ávida de ingresar en su Orden, sin obligarla a abandonar las condiciones de la vida ordinaria; y fundó la Tercera Orden, que para la Iglesia y la sociedad fué un auxilio maravilloso mientras observó religiosamente esa primera forma de penitencia, y no cabe duda que continuará produciendo los mismos frutos en tanto que ella siga observando esta tradición.

(Continuará.)

Sección Antoniana

La Pía Unión de San Antonio de Padua

Habrás oído hablar sin duda, hermano mío, de San Antonio de Padua... ¿quién hay que no le conozca? No ya en países cristianos donde la fe está en auge, sino aún en aquellos donde por

desgracia la fe está resfriada con los helados vientos de la indiferencia religiosa, con los ataques de las malas doctrinas y con los atropellos de las costumbres muelles y licenciosas.

Mas ¿qué es lo que has oído de San Antonio? los prodigios que obra, los milagros que se le atribuyen, los favores de que se le reconoce dispensador en bien de cuantos le invocan...; cuando se habla de este santo es para glorificar sus mercedes para con los pobrecillos que peregrinamos por el destierro de este mundo.

Pero, tu sabes muy bien que, si San Antonio ejecuta tales maravillas, no es porque tenga por sí mismo virtud para ello; es porque Dios Nuestro Señor se lo ha concedido, y naturalmente te sientes inclinado a venerar y bendecir la mano principal que en tu auxilio atiende. Admiras la misericordia del Señor que ha querido que nuestro Santo tuviese un corazón tierno en extremo, que de todo se compadeciera, que toda miseria o desgracia tuviera eco en sus intimidades y que no sosegara hasta haber logrado el remedio; y en consecuencia, has experimentado la necesidad de alabar a Dios que tan bondadoso se muestra, y en un arranque de agradecimiento y entusiasmo, no has podido menos de exclamar: "¡gracias, Dios mío que tanto habéis distinguido a mi San Antonio!"

¿Quiéres, hermano mío, siempre y por tí mismo dar gracias a Dios por este singular don? ¿quienes que tus acciones de gracias sean continuas, y que cuando estás ocupado en tus quehaceres, otro lo haga por tí, y no uno sino muchos e incontables las repitan sin cesar?

Entra en la Pía Unión, que tiene por fin "dar gracias a Dios por los abundantísimos dones que comunica a San Antonio, para ser distribuidos entre sus devotos." Repartidos como están los socios antonianos por todas las partes del mundo, unes tu voz, tu alma a la de los demás por medio de este lazo misterioso y de singular piedad, y hechos todos un solo corazón—por cuanto todos lleváis el mismo fin, el mismo deseo, el mismo anhelo de glorificar a